

espediente á nuestros memoriales. Pues ahora la indecencia con que nos dejamos ver en él, la indevoción con que nos presentamos á su vista, las irreverencias que allí se cometen, ¿nos servirán de grande recomendacion con el soberano Dueño á quien venimos á pedir, con el supremo Juez cuyas gracias venimos á solicitar? Suplicamos, pedimos, clamamos, y no somos oídos. ¿Pero como lo hemos de ser si en el mismo templo venimos á ofender á la majestad del Dueño, y á la santidad del Juez? ¡Con qué respeto se entra en casa de los grandes! ¡con qué decencia, con qué compostura, con qué modestia, con qué humildad se pone uno en presencia de un magistrado, delante de un ministro cuando va á pretender alguna gracia! ¿Se observa la misma humildad, la misma compostura, la misma circunspeccion en las iglesias cuando se va á pretender con Dios?

¡Ah Señor, y qué vergonzosa es á los cristianos esta desproporcion! Perdonadme, divino Salvador mio, mi falta de respeto, y mis escandalosas irreverencias. Desde hoy comienzo, mediante vuestra divina gracia, á parecer en las iglesias con muy diferente modo que he parecido hasta aquí.

**JACULATORIAS.** — Entraré, Señor, en tu casa para adorarte en tu santo templo, de manera, que mi modestia y mi respeto den testimonio de mi fe. (*Psalm. 5.*)

Ya no me olvidaré, Señor, de que estoy en tu presencia cuando derramo mi corazon en tu santo templo. (*Psalm. 141.*)

#### PROPOSITOS.

1 Entre todos los artificios de que se vale el enemigo de nuestra salvacion para hacer inútiles los auxilios y medios que tenemos para salvarnos, quizá no le hay mas pernicioso, ni que le salga mejor que la priesa que se da para rebajar el alto concepto que debiéramos tener desde la cuna de la majestad, verdaderamente divina, y de la santidad de nuestras iglesias. Como en estos augustos templos reside corporalmente la Divinidad, y como en estos santuarios nos franquea Dios los tesoros de sus misericordias, no deja el demonio piedra por mover para horrorar, ó á lo menos para disminuir esta religiosa idea de los lugares sagrados, sabiendo muy bien que nunca se da el Señor por mas ofendido, y por mas sensiblemente irritado, que por la falta de respeto y de veneracion á nuestras iglesias. Perder el respeto á estos sagrados lugares es como despreciar personalmente al mismo Dios, es como hacer burla de toda la religion, y es

dar al público un solemne testimonio de nuestra poca ó ninguna fe. De hoy en adelante has de ser de una suma delicadeza en este punto. Entra siempre en la iglesia con modestia ejemplar, los ojos bajos, y guardando un profundo silencio, no hablando en ella sino á solo Dios.

2 Preséntate siempre en el templo decentemente vestido. Es mucha falta de religion ir á la iglesia en traje casero, como lo hacen algunas mujeres profanas, que se guardarian bien de recibir una visita seria de aquel modo, ni de hacerla á personas de respeto. No es menor, menos irreverente, ni menos escandalosa indecencia estar de rodillas sobre una silla ó sobre un banco, como tambien el dormirse en las iglesias. Estas irreverencias, que chocan aun á los mismos infieles, no disuenan tanto á los cristianos porque están acostumbrados á verlas; ¿pero serán por eso menos escandalosas? Toda tu vida has de tener grande horror á todas estas especies de irreligion, considerándolas como otros tantos perniciosos escándalos que desacreditan indeciblemente nuestra santa religion en el concepto de los herejes y de los infieles. En todas las confesiones te has de acusar de tu falta de respeto y de devoción en la iglesia. Esta devoción y este respeto es una de las cosas que mas debes inculcar á tus hijos y á tus criados; pero ve tú delante con el ejemplo, porque ninguna cosa contribuye tanto á la reformation de las costumbres y á inspirar la devoción como este religioso respeto.

#### DIA XIX.

##### MARTIROLOGIO.

LA DICHOSA MUERTE DE SANTA ISABEL viuda, hija de Andrés, rey de Hungría, de la tercera orden de S. Francisco, en Marburg de Alemania; la cual ejercitada continuamente en obras de piedad, y esclarecida en milagros, murió en el Señor. (*Véase su historia hoy.*)

EL TRIUNFO DE SAN PONCIANO, papa y mártir, en el mismo dia; el cual por mandato del emperador Alejandro fué desterrado á Cerdeña, juntamente con el presbítero Hipólito; y allí azotado con manojos de varas hasta espirar, alcanzó la corona del martirio. El papa Fabian hizo trasladar su cuerpo á Roma, y lo depositó en el cementerio de Calixto. (Se ha dicho ya en otra ocasion que si bien es verdad que bajo el imperio de Alejandro fué favorecido por la corte el culto cristiano, y no perseguido, con todo, muchos magistrados siendo enemigos terribles del Cristianismo, hacian todo el daño que podian á los fieles sin saberlo el emperador, aunque obraban en su nombre. «El Calendario Liberriano dice que S. Ponciano ocupó la cátedra cinco años desde la muer-

te de S. Urbano I, en el año 230, gozando entonces la Iglesia de la paz que la concedió Alejandro Severo. Pero Maximiano, que se abrió la puerta al trono con el asesinato del emperador Alejandro, en mayo del año 235, principió su reinado levantando una cruel persecucion. Y este bárbaro fué, á lo que parece, y no Alejandro, el que desterró á S. Ponciano á la isla de Cerdeña, donde murió en el mismo año, sino al rigor del cuchillo, al furor á lo menos de las incomodidades y penas de su destierro. » *Butler.* )

**SAN ABDIAS**, profeta, en Samaria. (Abdias, que se interpreta *siervo de Dios*, no se sabe precisamente en que tiempo profetizó. Los hebreos en su cánon ponen en cuarto lugar su profecía, por lo que muchos son de sentir, que vivió en el reinado de Ozias. S. Jerónimo dice que éste es el mismo que alimentó á los cien profetas, que se habian occultado en cavernas por librarse del furor de Jezabel; y si esto es así, floreció en el reinado de Acab, y mucho antes que Ozias. El mismo S. Jerónimo hace mencion del sepulcro de este profeta, diciendo, que en su tiempo era venerado en Sebaste, juntamente con el de Eliseo, y con el de S. Juan Bautista, y que Dios le honraba con frecuentes é insignes milagros. Su profecía contiene solo un capítulo, y usa de ella la Iglesia católica en las lecciones de los matines de la feria sexta de la dominica cuarta de noviembre. Es otro de los profetas menores, y tiene el cuarto lugar. *Scio.* )

**EL TRIUNFO DE SAN MÁXIMO**, presbítero y mártir, en Roma en la via Apia; el cual padeció y murió durante la persecucion de Valeriano, y fué sepultado en la iglesia de S. Sixto.

**SAN BARLAAN**, mártir, en Cesarea de Capadocia; el cual aunque rústico é ignorante, fortificado con la sabiduria de Cristo venció al tirano, y con la constancia de la fe venció tambien al mismo fuego: san Basilio predicó un excelente panegirico en el dia de su festividad.

**SAN CRISPIN** (ó **CRISPINO**), obispo, en la ciudad de Ecija; el cual siendo degollado alcanzó la gloria del martirio. (Este santo obispo gobernó aquella santa Iglesia y apacentó á sus súbditos con la santa doctrina de Jesucristo. Fué preso por los gentiles; y como se negase enteramente á dar culto á los ídolos, probada su constancia con hambre, sed y fuego, alcanzó al fin la palma de mártir tal dia como hoy, imperando Diocleciano. )

**LOS SANTOS MÁRTIRES SEVERINO, EXUPERIO Y FELICIANO**, en Viena de Francia; cuyos cuerpos al cabo de muchos años fueron hallados por revelacion de los mismos Santos, y el obispo, clero y pueblo de aquella ciudad, los recogieron y depositaron con gran pompa en lugar mas digno.

**SAN FAUSTO**, diácono de Alejandria, en el mismo dia; el cual primero en la persecucion de Valeriano, fué desterrado junto con S. Dionisio, y despues en la persecucion de Diocleciano, siendo ya muy anciano fué degollado, y así alcanzó la corona del martirio.

**EL MARTIRIO DE LOS SANTOS AZA Y SUS CIENTO Y CINCUENTA COMPAÑEROS SOLDADOS**, en Isauria, en tiempo del emperador Diocleciano, por el tribuno Aquilino. (Era Aza un solitario de Isauria. Siendo de-

latado al tribuno Aquilino, mandó éste prenderlo, y despues de haberle interrogado, mandó que atado por los cabellos le colgasen de un árbol, y le arasen el cuerpo con hierros dentados. Luego lo metieron en un horno encendido, del cual salió sin lesion. A vista del milagro se convirtieron á Jesucristo la mujer y una hija del tribuno, y tambien soldados que habian presenciado el tormento; y todos juntos, en número de ciento y cincuenta, acabaron con Aza la vida, siendo degollados, por los años de 304.)

SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA, VIUDA.

SANTA Isabel, hija de Andrés II, rey de Hungría, y de Gerstrudis, hija del duque de Carintia, fué una princesa segun el corazon de Dios. Desde su mas tierna edad fué prometida para esposa al landgrave de Turingia, á cuya corte la llevaron cuando cumplió los cuatro años, y en ella se crió en compañía de la princesa Inés, hermana del principe, su futuro marido. Previnola el Señor con las bendiciones de su dulzura; y en medio de su niñez, conociendo la majestad de este gran Dios, se postraba penetrada de respeto en su divina presencia, como lo acredita el suceso siguiente. Criándose en compañía de la princesa Inés, se ponía siempre el mayor cuidado en que las dos princesas anduviesen uniformemente vestidas: iguales galas, iguales joyas, y en todo iguales insignias. Cuando iban á la iglesia las ponían en la cabeza unas coronas de oro, cuajadas de preciosa pedreria, y las acompañaba Sofia, madre del landgrave de Turingia. Pero luego que entraban en el templo, Isabel se quitaba la corona; y como la reprendiesen por eso, respondió la santa niña: *No permita Dios que tenga yo valor para ponerme con una rica corona sobre la cabeza en la presencia de un Dios, coronado de espinas y enclavado en una cruz por mi amor.* Una tierna princesa, en la flor de su edad, con todas las insignias de la soberanía, y en una corte tan brillante, empapada en máximas tan cristianas, muy desde luego arrebató hácia sí la admiracion universal. No se hablaba de otra cosa que de sus raras virtudes. Hechizaba á toda la corte su modestia, su cordura y su tierna devocion. Confió Dios este precioso tesoro al landgrave de Turingia. Casóse con ella luego que entró en los catorce años; mas no por eso se dividió el corazon de la princesa. Con el mismo amor con que amaba á Dios, amaba á su marido. Cada día crecía su piedad, porque cada dia descubria mas y mas lo mucho que dependia de Dios. En cierto día muy solemne salió de su palacio, acompañada de una corte tan numerosa como brillante, soberbiamente vestida, y la corona en la cabeza. Rodeada con todo el esplendor de tanta magni-



STA. ISABEL  
DE UNGRIA VIUDA.

ficiencia, entró en la iglesia, y el primer objeto que se la presentó á la vista fué la imagen de un devoto crucifijo, reducido por su amor á la desnudez de la cruz. Movidó su tierno corazón á vista de tan doloroso objeto inclinó hácia él con profunda veneración su coronada cabeza; y siendo sus ojos intérpretes fieles de sus interiores afectos, se desataron en lágrimas, y reprimiéndose á sí misma la devotísima princesa, se decía: *Viendo estoy aquí á mi Criador, á mi Redentor y á mi Dios: él espira en un infame madero, revestido únicamente de la afrentosa ignominia del Calvario; y yo, miserable de mí, ¿tengo aliento para presentarme en su templo revestida de púrpura, y cubierta de pedrería? una corona de penetrantes espinas ensangrienta cruel su divina, su delicada cabeza; ¿y la mía brilla con el resplandor del oro? Abandonándole sus discípulos, hartándole de oprobios los judíos; ¿y á mí todos se apresuran solícitos por honrarme, todos me respetan, y me veo rodeada de una numerosa corte? ¿es este el profundo respeto con que debo venerar á mi gran Dios? ¿es este el agradecimiento de que por tantos títulos le soy deudora? ¿es este el amor con que correspondo á su amor?*

Así se desahogaba Isabel, cuando el dolor se exaltó hasta sofocar la voz: mudósele el color, púsose pálida, pasmóse, desfalleció. Desmayóse Estér á vista del aparato majestuoso del trono; y queda Isabel sin sentido á vista de la majestad de un Dios en cuya presencia se aniquila. Llevaba debajo de sus magníficos vestidos un áspero cilicio. ¡Pero quién podrá explicar dignamente su caridad con los pobres! Toda miseria enternecía su corazón, y su corazón enternecido desterraba con pronto socorro toda miseria. Como Dios es la misericordia misma, y nunca se deja vencer en punto de liberalidad, manifestaba con prodigios lo agradable que le era la caridad de Isabel. Habían de comer en público los landgraves un día de ceremonia: ya estaban esperando á Isabel para sentarse á la mesa, y la Santa iba con alguna priesa para que el landgrave no aguardase tanto por ella, cuando oyó á un pobre que la pedía limosna. No tenía que darle á la sazón, y le dijo que tuviese un poco de paciencia que muy presto se la enviaría; pero el pobre que no entendía de razones, volvió á instar que no pasase adelante sin socorrer á un miserable. No pudo resistirse á estas palabras su caritativo corazón: paróse, y movida de compasión mandó que diesen á aquel pobre su mismo manto, que no era de poco precio. Recibióle el pobre, y salióse al instante de palacio. Un cortesano que fué testigo de aquella acción caritativa, se adelantó para referirsela al landgrave: éste salió al encuentro á Isabel, y la dijo: *Pues, señora, ¿qué habéis*

*hecho de vuestro manto?—Allí está colgado,* respondió la Santa. Con efecto, acercóse el príncipe al sitio que señalaba la princesa; y vió el manto, tocóle, y halló ser el mismo que había dado al pobre. Así autorizaba Dios con milagros la caridad de Isabel. Movida de esta misma extraordinaria caridad, se resistía á vestir galas por ahorrar con que socorrer mas abundantemente á los pobres. En cierta importante ocasión obró Dios también otro prodigio para que no quedase avergonzada de que la viesen en un humilde traje menos correspondiente á su grandeza. Enviaba el rey de Hungría una solemne embajada al landgrave, su marido; y como este no la viese con toda aquella magnificencia que correspondía á la celebridad de la embajada, la dijo, no sin algun desabrimiento: *Señora, estoy corrido de que no esteis vestida como era razón para recibir á los embajadores de tan gran rey.—Perded, señor, cuidado* (le respondió la Santa), *ya sabéis que nunca deseé agradar con mis vestidos á los ojos de los hombres temiendo desagradar á los de Dios.* Después que los embajadores espusieron su comisión al landgrave, desearon besar la mano á la princesa. Admitiéndolos á su audiencia, y luego que se dejó ver la Santa, aquel Señor, que está vestido de gloria, cercado de magnificencia, y todo cubierto de luz, derramó subitamente sobre la princesa un esplendor tan extraordinario, que quedaron asombrados los embajadores. Embargadas las palabras con el pasmo, con la admiración y con el respeto, solo pudieron decir, que no creían hubiese en todo el universo princesa mas virtuosa ni de mayor mérito.

Sabiendo muy bien que la ociosidad es la cosa mas opuesta á la verdadera virtud y devoción, empleaba en la labor todo el tiempo que la sobraba de sus ejercicios espirituales y obras de misericordia en que se ocupaba. Era verdadero retrato de Isabel el que hace el Espíritu Santo de la mujer fuerte en la sagrada Escritura; humilde sin afectación, modesta sin artificio, vestida como correspondía á su elevación, pero sin profanidad; inspiraba en todos veneración á la virtud, haciéndola amable su apacibilidad y su modestia. Admiraba y hechizaba á todos el agrado con que recibía y con que trataba á todo el mundo. Una de sus principales atenciones era el vivir bien con el esposo que el cielo la había concedido, cuidando de fomentar la paz y la virtud en su familia. Ni era la menor de sus prendas la vigilancia sobre todas las personas de su corte, y la exactitud en pagar el sueldo á los que estaban en su servicio, dándoles socorros y ayudas de costa extraordinarias en sus urgencias y necesidades; de modo que en su palacio todos la miraban como madre.

No consistia la labor de sus manos en obras de oro y seda para emplearlas en la vanidad: trabajaba con sus damas en rastrillar y en hilar lana, de que hacia fabricar paño para vestir á los pobres y á los religiosos de S. Francisco; pero la labor mas ordinaria y la que era mas de su gusto era remendar los vestidos de los pobres, y lavar por sus manos la ropa de los altares. Sobre todo triunfaba en los hospitales su heroica caridad, avergonzando, por decirlo así, con ella y con su fervor á las personas mas fervorosas y mas caritativas. No parecia posible caridad mas heroica, mas verdaderamente real ni mas cristiana que la de nuestra Isabel.

El año de 1225 afligió á toda Alemania una cruel hambre; y aprovechando la ocasion de hallarse ausente el landgrave, mandó repartir entre los pobres de Turingia y de Hesse todo el trigo que se habia recogido en sus estados. Y porque los pobres no tuviesen el trabajo de subir al castillo de Marpurg, edificado sobre un peñon elevado y escarpado, mandó fabricar un hospital muy capaz á la falda del peñasco, y todos los dias bajaba á él la Santa á pié muchas veces para atender personalmente á todas sus necesidades. A unos hacia las camas, á otros los sazónaba por sus manos la comida, y á todos los servia con tanto zelo, con tanto amor y con tanta solicitud, que desde entonces la comenzaron á llamar la madre de los pobres. A su vista se mantenian todos los dias novecientos, sin los demás que de su órden se sustentaban en sus estados.

Luego que el landgrave se restituyó de su viaje á la Pulla, acudieron á él sus tesoreros, y le dieron grandes quejas de los escesos y de la profusion en limosnas de la princesa su mujer. El landgrave, á quien los ejemplos de esta habian hecho uno de los príncipes mas cristianos del mundo, los respondió: *¿Ello no se ha perdido ninguna de mis plazas? pues estoy muy contento, y no menos seguro de que nada me faltará mientras mi esposa la princesa tenga libertad para dar á los pobres lo que quisiere:* máximas muy dignas de tan gran príncipe, á quien con razon se le apellidaba Ludovico Pio. Movido de esta misma generosa y sólida virtud, tomó la cruz en la Cruzada que el papa mandó predicar contra los infieles para el recobro de la Tierra Santa. Solo el motivo de la religion pudo hacer soportable al príncipe y á la princesa una separacion tan dolorosa; pero este no fué mas que un preludio de los sacrificios que queria el Señor le hiciese nuestra Santa.

Apenas llegó el landgrave á Otranto en la Calabria, cuando cayó mortalmente enfermo, y murió en aquella ciudad el dia 11 de

setiembre del año de 1227. La noticia de esta muerte fué una de las mas terribles pruebas que la princesa tuvo que sufrir. Luego que tributó los últimos fúnebres obsequios á la tierna memoria de su difunto marido, se despojó de todos sus ornamentos, y se vistió de lana como una mujer humilde y particular. Desprendida ya de lo que mas amaba en la tierra, tardó muy poco en desembarazarse de todo lo que poseia en ella. A instancia de los grandes tomó el gobierno de los estados el jóven Enrique, hermano del landgrave difunto. Hizose causa á la princesa como disipadora en limosnas de las rentas del estado. Despojósele de todos sus bienes, arrojósele ignominiosamente de palacio, sin familia, sin criados y sin tren, reducida á pedir limosna. No hubo quien la quisiese recoger en su casa por miedo al nuevo gobierno. Pasaba todo el dia en la iglesia, y de noche se refugiaba en un establo medio derribado donde solian abrigarse los mendigos, sustentándose con unos mendrugos de pan que la daban por caridad ocultamente y á escondidas. En tan universal abandono y en tan lastimoso estado, la salia al semblante la interior alegría del corazon, á pesar de un tratamiento tan indigno. Desde la primera noche de su desgracia, y luego que amaneció el dia siguiente se fué á la iglesia de los religiosos franciscos, y mandó cantar en ella el *Te Deum* en acción de gracias. Inmediatamente despues hizo voto de perpetua castidad, juntamente con dos damas suyas de honor que nunca la quisieron abandonar, teniendo la Santa á la sazón solos veinte años. No es fácil esplicar lo mucho que tuvo que padecer de los parientes del landgrave, su marido, de los grandes del país y aun de sus mas ínfimos vasallos; permitiéndolo así Dios para que resplandeciese mas su eminente santidad, y para dejar al mundo el ejemplo mas illustre de la paciencia cristiana. Movido de compasion un santo sacerdote viendo que de todas partes la arrojaban, aun de los hospitales que ella misma habia fundado, la quiso recoger en su casa; pero no bien habia entrado en ella, cuando la hicieron salir con tropelia y con violencia. De esta manera la hija de un gran rey, la mujer de uno de los príncipes mas poderosos de Alemania, la madre del heredero de todos aquellos grandes estados, y la madre de todos los pobres se vió reducida á la última necesidad, á la mas abatida y mas lastimosa miseria.

Pero un estado de tanta humillacion y de tanto abatimiento no fué capaz de turbar su tranquilidad y su alegría, ni de alterar un punto aquella constante dulcísima mansedumbre. Habiéndola reconciliado con Enrique, su tío, el obispo de Bamberg, hizo que se la entregase su dote. No bien le recibió, cuando le re-